

Sección Bibliográfica

LUIS ROSALES: *El sentimiento del desencanto en la poesía barroca*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1966.

El poeta de *La casa encendida*, el hondo ensayista de *Cervantes y la libertad*, el erudito investigador de la *Pasión y muerte del conde de Villamediana*, el emocionado poeta y el sabio prosista que es Luis Rosales, publica un nuevo volumen de casi cuatrocientas páginas, conteniendo una buena serie de estudios y ensayos. *El sentimiento del desencanto en la poesía barroca*, título del libro, es el del primer estudio de la primera parte, que está formada, además, por otros tres: «Algunas reflexiones sobre la poesía política en tiempo de los Austrias», «La poesía cortesana» y «La alianza anglo-española en el año 1623». Ocupan estos cuatro trabajos más de la mitad del volumen y son, en realidad, la aportación más sustancial hecha por Rosales en este nuevo título de su bibliografía. La segunda parte se compone de quince ensayos, de los cuales ninguno rebasa las veinte páginas y la mayoría son de breve —pero siempre vital, con hallazgos y sugerencias— contenido; y todos de temas literarios menos los cuatro últimos, que abordan y sondan hábil y sugestivamente la plástica, mejor dicho, la pintura exclusivamente: «La pintura de Benjamín Palencia»; «Zabaleta, en el Museo de Arte Definitivo»; «El vitalismo de Velázquez», y «Ante una estética vital». Predomina en esta segunda parte el asedio, la cala, la glosa, y más que al erudito investigador se encuentra al poeta enfrentado con creaciones ajenas, a la sensibilidad afilada para captar, interpretar y transmitir parcelas, matices, ocultos repliegues, a veces, de poetas y prosistas (con absoluto predominio de los primeros), leídos amorosamente: en ese espléndido camino que va desde Azorín hasta Dámaso Alonso pueden incluirse con todo derecho las bellas interpretaciones y recreaciones literarias —calidad sobre cantidad— de Luis Rosales.

Estudioso de nuestra poesía del Siglo de Oro desde hace muchos años, Rosales recoge aquí algunos de sus trabajos, de sus pacientes y concienzudas investigaciones en bibliotecas, entre manuscritos nunca publicados, a través de autores y textos cuyo conocimiento puede alterar o, al menos, matizar, y siempre enriquecer, la visión tradicional de aquella esplendorosa época para la poesía hispánica. El estu-

dio inicial, que, como ya he indicado, presta su título a todo el volumen, está constituido por dieciséis partes, todas tituladas, que van desgranando, bajo el común denominador del desengaño, los principales temas de la poesía barroca, opuestos, aunque hubiesen nacido de ella, a los de la inmediatamente anterior renacentista. De esta separación arranca Rosales, y las primeras palabras de su estudio son: «Conviene subrayarlo y aun repetirlo. Entre el siglo xvi y el siglo xvii, entre la poesía clásica y la barroca, existen diferencias hondas y sustanciales.» Esto no implica que el autor olvide lo mucho que hay en la poesía barroca de continuación de la clásica, señalando, entre otros ejemplos, la utilización del color, acrecentado—como bien se sabe—de Garcilaso a Herrera y de Herrera a Góngora. Pero Rosales insiste en su idea y afirma que «la poesía barroca es altamente original», que utilizó «una estética distinta, más flexible y más amplia», y que fue el vitalismo la intuición poética original de la que partió. Inmediatamente plantea Rosales la fundamental cuestión del olvido, escaso conocimiento y desconocimiento de nuestra poesía barroca, con excepción, naturalmente, de unos cuantos nombres. Importante es el llamado por Rosales «inciso sobre la espiritualidad garcilasiana», en donde, teniendo en cuenta, y haciendo la oportuna cita, la aportación del profesor Lapesa en su magnífico libro *La trayectoria poética de Garcilaso*, de destaca la «intimidad garcilasiana», se hacen justas declaraciones («en la poesía de Garcilaso, efectivamente, no hay color; hay transparencia, y aún más, transparencia al espíritu», «... es Garcilaso el primer cantor moderno del sentimiento amoroso», etc.) se insiste en este hallazgo de Garcilaso y se señala su condición de adelantado, en este aspecto de la intimidad anímica, de las obras líricas de Camões y del conde de Villamediana. El capítulo quinto cierra este sustancioso repaso por la poesía clásica española del siglo xvi, señalando que en ella se revela mucho más acusadamente «la conciencia comunitaria de una época que la conciencia individual». Los capítulos sexto y séptimo sirven de corredor y pórtico al estudio de la poesía barroca, al análisis de los cambios operados, de las notas distintivas esenciales para Rosales; en el ocho señala: «El cambio de sentido de los motivos heroicos», «El desengaño del mar», «Los romances fronterizos del mar», «La medida del tiempo», «El paso de la canción heroica al panegírico», «El sentimiento del desengaño», «La moralidad del dolor», «La sátira política». El primero de estos puntos muestra el desplazamiento de lo social a lo individual, que nace y se apoya «en un sentido estoico, no ecuménico y católico de la moral»; añade Rosales que la moral estoica es una moral de decadencia, y piensa que ella fue, al mismo tiempo, «causa y consecuencia del desengaño nacional». Dos interpretaciones del

heroísmo, por tanto: una, definida por el esfuerzo, en el siglo xvi; otra, defendida por la prudencia, en el xvii. En los capítulos restantes de este amplio y rico estudio, Rosales va recorriendo detenidamente cada uno de los apartados arriba indicados: Desde los *romances fronterizos del mar*—lleno de aportaciones, de novedades—se pasa directamente al análisis y meditación de lo que el poeta de *Abril* llama «La medida del tiempo»: no sólo Góngora y, sobre todo, Quevedo llenan estas páginas, sino nombres, y sus poemas, de poetas poco conocidos, como Francisco López de Zárate y Luis Ulloa Pereira; del primero dice Rosales que «es uno de nuestros líricos más interesantes del siglo xvii». Y quiero destacar aquí, pero se podría hacer extensivo a todo el volumen, la personalidad creadora de Luis Rosales, prosista, con una eficacia de estilo, que nunca «añadido», siempre funcional, contiene la emoción y el temblor del auténtico poeta, el rigor y la lucidez del intelectual. Ejemplar es este breve texto (pp. 42-43) de inquisición y reflexión de Rosales sobre la vida, el tiempo, la muerte, que termina en sabia alianza de claro pensamiento y hermosa imagen: «No hay fuerza contra el tiempo y, en resumen, todo nuestro caudal se desmaya en sus brazos.»

Después del tiempo y la muerte se enfrenta Rosales con «dos motivos de admonición moral». También aquí se destaca la indiscutible primacía de Quevedo, pero junto a él, Rosales alza el nombre y la obra de Enríquez Gómez. Junto a la moral, la alabanza, el panegírico, cuya importancia va unida a la reiteración y la desmesura. También en este terreno la degradación del heroísmo es manifiesta; de él se pasa a la cortesanía y de ésta a la adulación. «Más que a la historia rinde servicio en este tiempo a la genealogía», escribe el autor. El largo capítulo XIII trata de las formas y sus cambios del xvi al xvii. Lo popular y lo culto es pormenorizado y matizado, mostrando Rosales cómo los moldes tradicionales castellanos nunca desaparecieron del todo ni siquiera en el momento en que el predominio de las nuevas formas italianas se acentuó más; pero es desde 1610 en adelante cuando la poesía barroca «vuelve a reivindicar los diversos moldes de coplas castellanas. Letrillas, glosas, redondillas, romances y motes tienen una renovada y ya nunca extinguida floración». Y, al mismo tiempo, la transformación, el debilitamiento e, incluso, la desaparición de formas renacentistas, de las que «solamente el soneto y la silva siguen en boga, manteniendo su carácter de privilegio y adaptándose, con entera flexibilidad, a todas las contradictorias y numerosas intencionalidades de la poesía barroca». También estudia Rosales muy detalladamente lo que él llama «cualificación», indicando «el fenómeno estilístico de adscribir una temática cada vez más fija a unas

formas poéticas determinadas. En el capítulo XIV, «El sentimiento del desengaño», se incluyen muestras antológicas de romances del cancionero de la Armada que marchó a Inglaterra en 1588, en los que un dejo de amargura lo empequeñece todo, y la hostilidad a la empresa marítima es manifiesta. Este desengaño va a convertirse en homenaje de rendimiento al enemigo, por ejemplo al rey Enrique IV de Francia, cantado admirativamente por Quevedo y Villamediana, entre otros poetas. Una tendencia a lo plebeyo es para Rosales una de las constantes más expresivas, y es el jaque el tipo que unifica todos los heroísmos degradados, no sólo el militar y político, sino también el religioso: los temas religiosos, las figuras de santo, «lo divino», puestos a lo pícaro (Rosales reproduce varios textos) son la otra cara, añadido yo, de lo que se había hecho con la poesía amorosa profana: volverla a lo divino.

En el capítulo XVI, y último del estudio, titulado «La sátira política», Rosales señala cómo la sátira política barroca es consecuencia del desengaño, y su extraordinario desarrollo a partir de 1610; es el conde de Villamediana quien la hizo nacer, y él, Quevedo y Góngora, constituyen «la trinidad satírica española». Después, con los continuadores, se llegará a la procacidad. Así cierra Luis Rosales su documentado, sugestivo y sugerente trabajo, de erudito y de poeta, a través del cual todos hemos asistido «al tránsito y a la consumación del sentimiento del heroísmo».

Sirve, en cierto modo, este breve capítulo final de pórtico al estudio siguiente del volumen, «Algunas reflexiones sobre la poesía política en tiempo de los Austrias»; Rosales ve ante todo limitada la sátira por su no siempre total y perfecta veracidad documental y por su falta de perspectiva histórica, pero no olvida su lado positivo: «su valor estriba en haber sido un estado de conciencia. Su justificación y su razón de ser son su sinceridad y la nobleza de su arranque», añadiendo, «naturalmente sólo en aquellos casos en que la sátira política tiene nobleza y sinceridad, que no son demasiados». El largo capítulo VII, final del ensayo, «Variedad y riqueza», muestra una vez más que Rosales no sólo teoriza y hace filosofía de la historia, sino que conoce ancha y hondamente el tema que estudia, que en él nunca es pretexto para evasivas lucubraciones. Y dentro de esta poesía satírico-política encuentra tres direcciones, que caracteriza, analiza y muestra en diferentes textos: poesía político-teórica, poesía político-moral y poesía político-satírica.

Dentro de la poesía político-teórica encuentra Rosales dos tendencias: una hacia la reflexión política y otra hacia la reflexión histórica; como ejemplo de la primera reproduce un comentario, en cuartetas

romanceadas, sobre la política de impuestos del conde-duque de Olivares, según Rosales más agudo que justo; como ejemplo de reflexión histórica cita las *Selvas dánicas* de don Bernardino de Rebolledo, conde de Rebolledo. Es la poesía político-moral la preferida por Rosales, como explícitamente declara, recordando que en el siglo xvii español «no hay nada que no tenga un inmediato desplazamiento hacia el plano moral». Poemas de consejo, advertencias y enseñanzas, poesía de adoctrinamiento que tiene ilustres antecedentes medievales, y que tiene su mejor y mayor desarrollo entre 1640 y 1670; bajo la influencia de Gracián, sus fundamentales cultivadores son Ulloa, Bocángel, Solís, Fonseca; y de Bocángel reproduce Rosales diversos textos. Nunca hiperbólico, jamás oculta Rosales las limitaciones de la materia que lleva entre manos, en estos poemas su valor estético más bien escaso, la monotonía y aridez, pero destacando también lo positivo, en este caso lo que él llama «un oreo cordial», porque las ideas expuestas y desarrolladas están convertidas en sentimientos, no son abstracciones de carácter moral. En tercero y último lugar, la poesía satírico-política, que también cuenta con muchos y magníficos antecedentes medievales (López de Ayala, Villasandino, Santillana, Mena, Gómez Manrique), pero en el xvii hay cambios notables, aumentando las notas corrosivas; insistiendo en lo personal y concreto, buscando la gracia antes que la belleza, la reticencia sobre la llaneza, importando más que lo que se dice lo que se sugiere. Reproduce Rosales un elocuente y expresivo texto anónimo e inédito: el «Romance satírico» a la venida de su majestad de la jornada que hizo a Zaragoza, año de 1642, del que quiero aquí ofrecer dos simples muestras, alejadas entre sí dentro del poema:

*Hablemos claro, rey mío
toda España va de rota,
que el portugués más se engrie,
el catalán más se entona.*

*España gime oprimida,
la Iglesia está peligrosa,
y aún pienso que de los grandes
la lealtad y fe zozobran.*

Tras estos dos estudios, el tercero del volumen, «La poesía cortesana», largo, documentado, es una valiosa contribución al tema, destacando la importancia de la comunidad poética hispano-portuguesa durante los siglos xv, xvi y xvii, la influencia de Garcilaso en Camões y de Comões en la poesía española del Barroco. Y como características fundamentales de esta poesía, la valoración del mundo